

pecios

Manuel Pecellín Lancharro

Fueron los sofistas quienes proclamaron en la polis ateniense (s. V a.C.) tesis iconoclastas, que daban al traste con dogmas y principios absolutos, difundiendo un relativismo ético, psicológico, político, moral y estético en la cultura occidental (aunque tardaría siglos en imponerse, hasta las teorías de Einstein, Heisenberg, De Broglie y otros grandes de la Física). La famosa proclama de Protágoras "*anthropos estin metron panton*" ("el hombre es la medida de todas las cosas") parece hoy verdad indiscutible, cualquiera sea su formulación.

Entre las muchas famosas, a mí me sedujo la propuesta por el filósofo irlandés Berkeley (1685-1753) en la introducción a sus *Principios del conocimiento humano*: "Todos los cuerpos que componen la maravillosa estructura del universo, sólo tienen sustancia en una mente; su ser (*esse*) consiste en que sean percibidos o conocidos (*percipi*)".

De cómo cada sujeto cognoscente percibe la realidad va a ser uno de los campos de batalla de la gnoseología, con concepciones tan atractivas como el Perspectivismo de nuestro Ortega y Gasset.

Las preguntas clásicas sobre por qué, qué, cómo, cuándo, dónde soy, que Alfonso Doncel recoge aquí, no podrán responderse sin tamizarlas por el caleidoscopio que cada uno constituye en un momento determinado ("Yo soy yo y mis circunstancias"). La utopía de conseguir una definición absoluta y permanente de la identidad (tanto de los individuos como de las colectividades) queda relegada al nimbo de los inocentes.

Para alcanzar una aproximación no excesivamente distópica de la mía, se me ocurre recordar un conjunto de *pecios*, piezas que he ido salvando en mi aventura existencial, para nada relevante ni única. Cada una de ellas podría constituirse en una cara de ese prismático a través del cual cabe ser percibido por el amable observador deseoso de enfocarme para describir quién soy y en qué lograría diferenciarme de los demás. Al referirlas, no me atenderé a orden alguno, temporal (cuándo las adquirí), semántico (qué significa) o axiológico (qué valor les doy). Han ido encontrando un rincón en mi biblioteca, dormitorio, comedor, patio o sala de estar, salvándose del aniquilamiento que otras semejantes, tal vez, han sufrido luego de tanto nomadeo. Supongo que me acompañarán hasta el fin, consciente como estoy de tener ya el pie en el estribo, presto a subir a la nave que nunca ha de volver.

Trozo del Muro de Berlín

Son apenas unos descascarillados de aquel cemento infame, metidos en un sobre. Me lo trajo Bernardo V. Carande el otoño de 1989. Los dos llevábamos en el Departamento de la Diputación pacense, fundado y dirigido por mí, la colección de "biografías extremeñas" donde vieron la luz las de García de Silva y Figueroa, Francisco de Ulloa, Diego Hidalgo, Nicolás Díaz y Pérez, Carolina Coronado, Rafael García-Plata, Francisco Vera (la escribí yo), el Cura Barrantes, el Marqués de Jerez de los Caballeros, Juan Luis Cordero, Zurbarán, Joaquín Sama, Reyes Prósper y Aurelio Cabrera y Roso de Luna, entre otras.

Travesía del ferrocarril de Auschwitz-Birkenau

He visitado en dos ocasiones, con diferencia de varios decenios, aquel campo doble de exterminio, lugar abominable por excelencia, donde uno se abochorna de pertenecer a eso que llamamos especie humana. La segunda vez, junto a los raíles del ferrocarril que conducía a los hornos crematorios de Birkenau (dinamitados ante la inminente llegada del ejército rojo, cosa que no dio tiempo a los de Auschwitz, aún intactos en todo su horror), localicé un trozo corroído de traviesa, poco más de una cuarta del viejo árbol que soportó la ignominia. Disimulé y lo metí en la bolsa de viaje. Preside hoy la sección de Antropología de mi biblioteca, junto al pecio que a continuación se dice.

Trozo de patera

Es una pequeña tabla que me encontré en los arenales de Conil, donde a menudo recalán pateras si consiguen cruzar el escabroso Estrecho. He visto alguna tarde saltar a la costa grupos de magrebíes o subsaharianos que sueñan con apagar en el Viejo Continente hambre, sed y humillaciones seculares. La madera guarda un azul desvahído, el color de las ensoñaciones líricas. La emigración es, sin duda, una de las grandes cuestiones que conmocionan Europa. Pero un país como el nuestro, desangrado por diásporas miles a lo largo de su historia, y mantenido con el cruce de sangres múltiples, sabrá distinguirse por sus respuestas a los desafíos raciales.

Icono ruso

Según costumbre, aquel verano decidimos intercambiar nuestra casa conileña con la de otra familia rusa y pasamos casi un mes en Moscú. Nos encanta visitar los mercadillos, brocanterías, encantos, tiendas de antigüedades, librerías de viejo y similares. El de Izmailovo es un kremlin donde puedes comprar toda clase de objetos, algunos procedentes de los años próximos a la Gran Revolución (1917). Entre un revoltijo, localicé una pequeña tabla, procedente de cualquier altar destruido en las décadas furiosas, pues conserva puntas que la fijarían al retablo. Luce el rostro de un joven Cristo. La adquirí por escasos rublos.

Trozo de lava del Vesubio

Tras los asombros (y la sed) en Pompeya, aquel ferragosto subimos con nuestro coche hasta la plataforma próxima al cráter del Vesubio, donde dejamos el vehículo. Por uno de los senderos, ascendimos a pie hasta la cima, unos 1.200 metros que permiten panoramas impresionantes. Recorrimos parte del camino en espiral alrededor del cono volcánico y hasta logramos ver (o eso nos pareció) salir fumarolas del gigantesco embudo. Entre resbalones, temí que alguien de los nuestros corriera la suerte (mala) del legendario rey etrusco. Me guardé un trocito de lava con que perpetuar emociones.

Camilo Torres, sacerdote y guerrillero

El año 1968 publiqué en la colección "Lee y discute" de la editorial ZYX, empresa militante con la que colaboraba mientras hacía mis estudios en la Complutense, la biografía *Camilo Torres. Sacerdote y guerrillero*. La escribí por solicitud de Julián Gómez del Castillo, que dirigía la empresa y me proporcionó el suficiente soporte documental. A partir de la ley Fraga de Prensa e Imprenta (1966), ya no era imprescindible presentar a censura previa las publicaciones, aunque se corría el riesgo de que fuesen llevadas a los tribunales, en mi caso el temido TOP, acusadas de contravenir las leyes o buenas costumbres.

Así ocurrió con mi pequeño libro. Por fortuna, mi acusación como propagandista de ideas contrarias al régimen fue sobreseída, pero el juez mandó destruir la edición completa (5.000 ejemplares). Era un texto asequible para todos los lectores, me dijo en la vista, y, además, de muy fácil adquisición (20 pts. ejemplar). Con otro lenguaje y a mayor precio, hubiese permitido que se distribuyese, nos declaró a los atónitos asistentes al juicio en Madrid. Muchos años después, mi buen amigo Manuel Centeno, que trabajaba en Planeta, se hizo con un ejemplar (sospecho que el que utilizase el propio juez); me lo hizo llegar y en mi biblioteca se guarda.

Joya bibliográfica

Pasan de 18.000 los libros que conforman mi "biblioteca extremeña", formada por obras de autores de nuestra Comunidad o referidas a la misma. Pero la más valiosa es seguramente un *Orlando Furioso*, el inabarcable poemario de Ariosto. Me lo regaló una amiga pacense, Antonia Morel, que era catedrática de la Sorbona. Se trata de una edición italiana de 1570, impresa en Lyon por Gugliel y tiene una singularidad. Como la *Inquisición ordenase* (1581) el expurgo de ciertos pasajes de la obra, por considerarlos deshonestos, en mi ejemplar aparecen tachados con tinta por el familiar de turno, lo que impide la lectura sin recurrir a medios sofisticados.

Alfanhuí

El gran Sánchez Ferlosio, de raigambre cacereña, me solicitó un día que recibiese a Danilo Mancera, hispanista italiano que preparaba la tesis doctoral sobre Felipe Trigo. Conocedor el gran novelista de que yo contaba, prácticamente, con todas las publicaciones del médico villanovense, me solicitaba prestase a su amigo aquellas de las que carecía. Tuve el honor de recibir a ambos en mi casa y Mancera se pudo llevar lo que necesitaba (que me devolvió y, cuando publicó su trabajo, reconoció caballeramente la ayuda recibida). Es la vez primera, comentaba Ferlosio, que veo a un bibliófilo prestar así sus volúmenes. Durante el café, le dije cuánto admiraba su *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, narración con tintes mágicos ambientada en Extremadura (Coria). Yo la tenía en mayor aprecio que *El Jarama*, le dije. También yo, me respondió, y me hizo el honor de firmarme el ejemplar que le mostré. Más tarde, dio a luz *Campos de retamas. Pecios reunidos* (Barcelona, Penguin Random House, 2015), que me complace recordar.

Retratado por Eduardo Naranjo

Eduardo Naranjo y yo nacimos en Monesterio, el verano de 1944. Situada en un punto alto de la *Vía lapidata*, limitrofe con Andalucía y Extremadura, a la sombra de la gran mole de Tentudía, la población no sufre los rigores estivales de dichos territorios. Por eso fue siempre lugar para los veraneantes, antes de que la atracción del mar se impusiera sobre la montaña. Hasta aquí se vino, buscando clima y paisajes benévolos, Eduardo Acosta, notable pintor que, natural de Villagarcía de la Torre (patria del célebre cardenal Silíceo), tuvo siempre como la suya chica a Monesterio, donde también hay raíces familiares de Zurbarán, Velázquez y Nicolás Mejías. Acosta supo descubrir en aquel niño ensimismado - siempre reconocerá Naranjo su magisterio- al extraordinario pintor en que habría de convertirse su alumno.

Hijos los dos de pequeños labradores, ambos fuimos a la escuela de "El Llano", donde sobresalía la figura de D. Juan Calero, docente con dotes excepcionales y singular pedagogía.

Durante las largas vacaciones veraniegas, ambos ayudábamos a nuestros padres en las labores agrícolas. Uno y otro sabemos manejar la azada; aparejar las bestias; conducir el trillo sobre las parvas hirsutas o llenar las barcinas y volcarlas en los pajares. Entre otras numerosas complicidades (baños en la "Huerta Murcia"; interminables paseos con Daniel y Alfonso; lecturas en la rica biblioteca municipal organizada por D. Federico Santos Mozo), nos unía la amistosa admiración por D. Antonio Alarcón Peñafiel, un cultísimo médico "rojo", decían que llegado hasta nosotros desde su Zamora natal a causa de la censura. Un septiembre anterior, junto a otros familiares, habíamos ido en mula hasta Alhájjar, excursión de cuatro días a través de las sierras, hasta recabar en la Peña de Arias Montano. Bajo la experta guía de su padre, antiguo arriero, pudimos transitar, en mulas, alcornocales y dehesas, durmiendo al socaire, para que los mayores cumpliesen con lo prometido a la Virgen. Mucho después, ya cincuentones, repetiríamos la experiencia, no por más sesuda menos jugosa.

Y, *de repente, el último verano*. A partir de entonces, aprovecharíamos el ocio académico para conocer lugares distintos: Madrid, Barcelona, París, Düsseldorf, etc. Ese de 1963 (inolvidable por el asesinato de John F. Kennedy meses después) yo me preparaba para irme a la Universidad Pontificia de Salamanca, con una beca que recibí del PIO (Ministerio de Educación). Naranjo era ya una reconocida figura de los pinceles. Tras cursar en la sevillana escuela de Santa Isabel de Hungría, estaba matriculado, desde 1961, en la de Bellas Artes de San Fernando (Madrid) y había obtenido numerosos e importantes premios. Si bien en ese tiempo juvenil tanteaba, a la búsqueda de un estilo personal, por los mares del expresionismo y la subjetiva abstracción geométrica, con toques surrealistas (que nunca abandonará del todo en su posterior "realismo mágico"), dominaba como pocos la figuración.

Fue para mí un gran orgullo que se propusiera hacerme un retrato; sin duda, el género pictórico en que habría de conseguir sus éxitos mayores. Contra su costumbre, tardó pocos días. Subíamos al "doblaio" que sus padres tenían en casa aladaña a la de la única hermana del mío, mi tía María, una mujer admirable, extraordinariamente trabajadora: sacó adelante a todos los hermanos, huérfanos desde muy tierna infancia. Eduardo sólo iba a utilizar papel y un simple carboncillo, tal vez sacado de la chimenea doméstica y que él aguzaba sin demoras. Yo me exasperaba a menudo, viéndolo borrar y repetir infatigablemente algún apunte mínimo que no le convencía. Mantendrá este perfeccionismo hasta hoy. Cuando se sintió satisfecho, me lo regaló. Preside una de las paredes de mi biblioteca. Sigue sin catalogar y nunca se ha expuesto, aunque la añorada Indugrafic lo reprodujo en el libro que contiene mi discurso para ingresar en la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, parlamento al que el artista respondió con un excelente ensayo sobre su propia estética (*Ensayistas extremeños contemporáneos*. Trujillo, R.A. de Extremadura, 2005).

Aquel verano de 1963, en Monesterio, nos abriría las puertas de la juventud y consolidó una amistad fraterna que dura hasta ahora. Hoy compartimos asiento en la Academia de Extremadura; ostentamos medallas comunes (la de Extremadura; la de El Miajón de los Castúos); callejeros en distintas poblaciones; portadas de libros y artículos en obras varias. Todo lo daríamos por mantener la ingenua lozanía, el vigor, las impolutas ilusiones del verano de 1963.